

UNA VIDA POR LIBRE (Fragmentos)

JOSÉ SILES ARTÉS

Escritor

INTRODUCCIÓN

Las razones por las que una persona siente el estímulo de contar su vida son varias, si nos ponemos a pensarlo. Cada vida individual constituye una sucesión de peripecias más o menos fortuitas que, al llegar a cierta edad, comienzan a tener una hilación, a responder a una idiosincrasia y a unas circunstancias concretas. Muchas de las experiencias vividas no podrán ya repetirse, adquiriendo así un fuerte tinte sentimental. De pronto se encuentra uno aupado a una cima de años, desde donde el panorama aparece ensanchado, revelando zonas antes insospechadas o brumosas. A partir de un indeterminado momento el número de personas que nacieron después es mayor que el de las que nacieron antes o en el mismo año, con lo que los recuerdos propios se convierten inevitablemente en testimonios más o menos interesantes para los jóvenes. De aquí a bucear y ahondar en la memoria, construir y ordenar el relato de la historia personal sólo hay un paso, máxime cuando se llega a la percepción de que no hay dos vidas iguales, como no hay dos físicos iguales. Yo nací en 1930, en Garrucha (Almería), unas semanas después de que mi padre, maestro nacional, tomara posesión de una de las escuelas del pueblo, habiendo sido Santa Fe de Mondújar (Almería) su destino precedente. Eramos entonces tres hermanos y una hermana, y tres más nacerían en Garrucha, de los que uno vivió pocos días. Mi madre era también maestra, aunque a la sazón no ejercía.

Cuando yo nací, el candil, el quinqué y la palmaria alumbraban todavía una parte considerable de los hogares españoles; el burro, la mula y el carro eran medios de transporte imprescindibles; y el agua corriente y la calefacción, un lujo de las poblaciones grandes. Y la clase trabajadora, en su mayoría analfabeta, vivía bajo el umbral de la pobreza.

Cuando yo nací, España se regía por una monarquía, y un año después se proclamó la República, que a muchos produjo pavor, y a otros gran ilusión, encontrándose entre éstos mi propio padre. Fue una alineación que había de torcer el curso de toda la familia.

En julio del 36 estalló la rebelión contra la República, desembocando en una cainita y sangrienta guerra civil que se había de prolongar casi tres años. Yo contaba casi nueve cuando los triunfadores, los «nacionales», entraron en Garrucha, encontrándome sometido de la noche a la mañana a un nuevo Estado, de naturaleza dictatorial y confesional. Yo había sido criado y educado hasta entonces en principios de tolerancia y laicidad. El choque —como a tantos y tantos otros— me produjo un rechazo que nunca he superado. Doblegar se opone a hacerse querer.

CAMINO DEL CANTAL

En la inmediata posguerra, tenía yo nueve, diez años, hice bastantes veces el camino de Garrucha al Cantal, donde mi madre tenía su escuela y donde permanecíamos cuatro o cinco días a la semana. Hacíamos a pie el trayecto, del que se me han quedado grabadas ciertas imágenes y en el que transcurre el episodio que sigue.

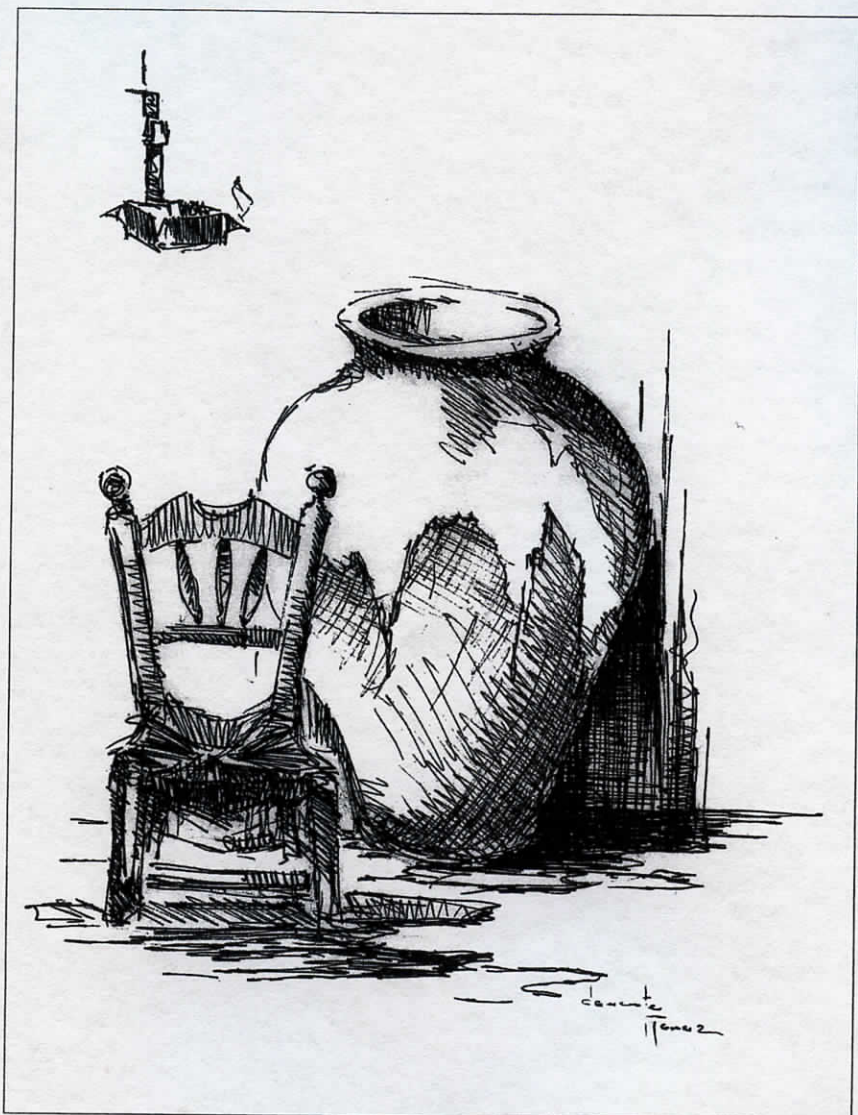
Mi madre fue maestra del Cantal antes de la guerra y, concluida ésta, ocupó el mismo destino. La escuela la fundó la República para dar enseñanza a hijos de carabineros y de cortijeros de las cercanías, que antes tenían que asistir a las escuelas de Mojácar, haciendo una larga caminata por ásperos senderos y ramblas.

El Cantal es un caserío al Norte de Garrucha, distante unos seis kilómetros —una legua, como todavía se decía entonces—. Una rambla estrecha lo limita por el Sur y otra más ancha por el lado opues-

to. A la sazón El Cantal era uno de los muchos puestos de carabineros que jalonaban la costa. No constaba más que de cinco o seis casitas —las viviendas de los carabineros, la escuela y la casa de la maestra— colocadas a un borde de la carretera que une Garrucha con Carboneras. Al otro borde, el de la playa, se alzaba la casa del cabo, y dominando este pequeño núcleo, el cortijo las Loperas, madre y dos hijas mozas, las dueñas de las fincas del contorno. Antonia, la madre, tenía también un hijo, Juan López, que había sido alcalde de Mojácar durante la Guerra Civil, y al que ahora se hacía el primer responsable de los cinco asesinatos cometidos por los milicianos.

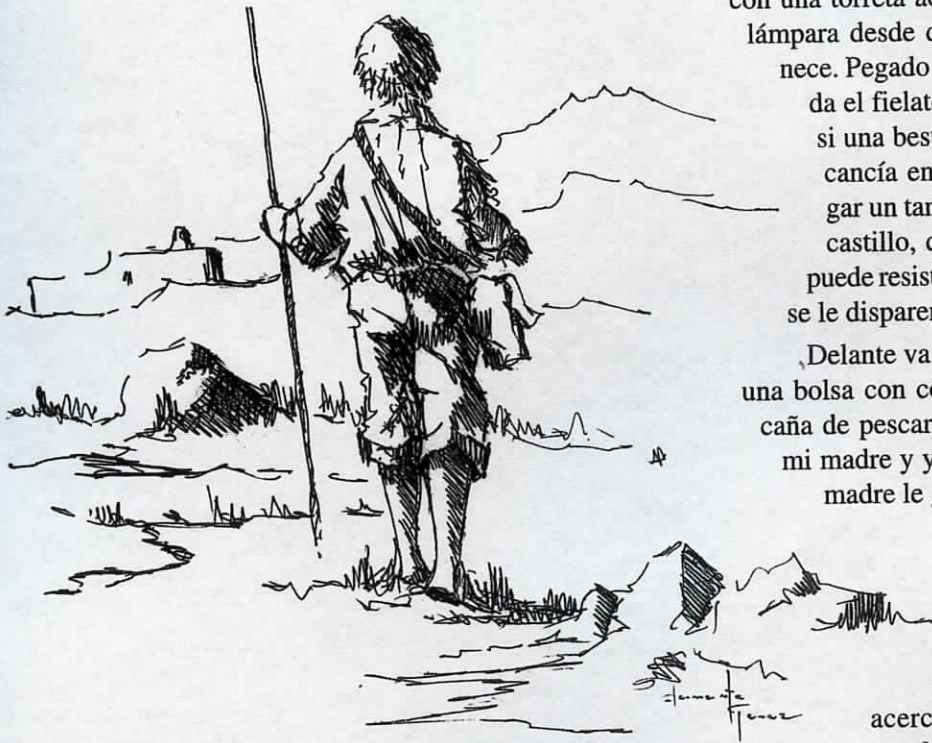
A Juan López fueron a detenerlo los nacionales nada más entrar en Mojácar, pero llegaron tarde. No podía estar lejos y lo buscaron casa por casa y cortijo por cortijo, mayormente en la zona a la que me estoy refiriendo, donde además del cortijo de su madre, tenía él una venta, en el cruce de Mojácar. Como Juan López no aparecía se empezó a decir que había huido por mar, que se hallaba metido en alguna cueva de Sierra Cabrera (la conocía como la palma de la mano) o que, saltando de sierra en sierra se hallaba ya muy lejos de aquellos pagos, si no fuera de España. En lo que no había duda era que si lo atrapaban, sus días estaban contados: un juicio militar y ejecución.

Por razones no siempre fáciles de explicar hay episodios que causan especial sensación en la conciencia popular. Así ocurrió y sigue ocurriendo con el del ex alcalde de Mojácar, del que se llegó a escribir una especie de romance. A mí me lo dictó una profesora de E.G.B. de Arenys de Mar, a la que yo conocí allá por el 78 ó 79. Ella lo aprendió de su padre, carabinero, ya fallecido, que había estado destinado un buen número de años en Carboneras, aunque era oriundo de Cartagena.



Elementos comunes en el mobiliario de las casas de posguerra de las familias humildes.
(Dibujo a plumilla de Clemente Gerez)

*¿Dónde está Juan López,
al que buscan sin cesar?
¿Dónde está Juan López
que alcalde de Mojácar
cuando a cinco hombres mataron
de manera criminal.
A Juan López si lo pillan,
al paredón lo mandarán
Lo buscan en Cabrera,
en Los Lobos y en Macenas,
en Turre y Carboneras,
El Sopalmo y El Cantal.
¿Dónde está Juan López
que no lo pueden hallar?
¿Dónde está Juan López,
dónde está, dónde está?
Alguien bien lo esconde
y no lo pillarán.*



Alegoría a Pepe Siles en el camino de Garrucha a El Cantal.
(Dibujo a plumilla de Clemente Gerez)

De cuando en cuando se sospechaba la presencia de Juan López en algún paraje o cortijada, organizándose para apresarle la correspondiente batida, como la que coincidió con el viaje que relato a continuación.

Son las ocho de la mañana cuando mi madre, mi hermano Juan y yo salimos de casa, camino del Cantal. Me siento libre, no tengo escuela. Bueno, hoy no voy a la escuela de mi padre en Garrucha, pero sí voy a la de mi madre en El Cantal, donde se puede hablar, no hay que hacer tantas cuentas, se dibuja y hasta se canta.

Las puertas y ventanas del Malecón están aún cerradas a esta hora temprana. A nuestra izquierda el mar bate blandamente la playa. Junto a la caseta del Pósito se ve animación; varias camionetas pequeñas están aparcadas a la puerta. Son de los remitentes que venden pescado por los pueblos del interior. Están esperando que se lleve a cabo la subasta. Están llegando barcos que han pasado la noche en el mar. Sobre la arena se ven pilas de cajas de pescado recién desembarcado. Hace nada que se ha levantado el sol frente al Malecón y sus rayos forman sobre el mar una senda amarilla que se mueve con nosotros.

Ya llegamos al extremo del Malecón; viene ahora el faro, una casa cuadrada, blanca, con una torreta acristalada donde gira una lámpara desde que anochece hasta amanece. Pegado a la playa viene en seguida el fielato, también taberna. Aquí, si una bestia o carro entra con mercancía en el pueblo, tiene que pagar un tanto. Y ya pasamos junto al castillo, que es oscuro y macizo y puede resistir todos los cañonazos que se le disparen.

Delante va Juan que lleva al hombro una bolsa con comida, y en la mano una caña de pescar. Camina más rápido que mi madre y yo, y de vez en cuando mi madre le grita:

— ¡Juanico, espera!

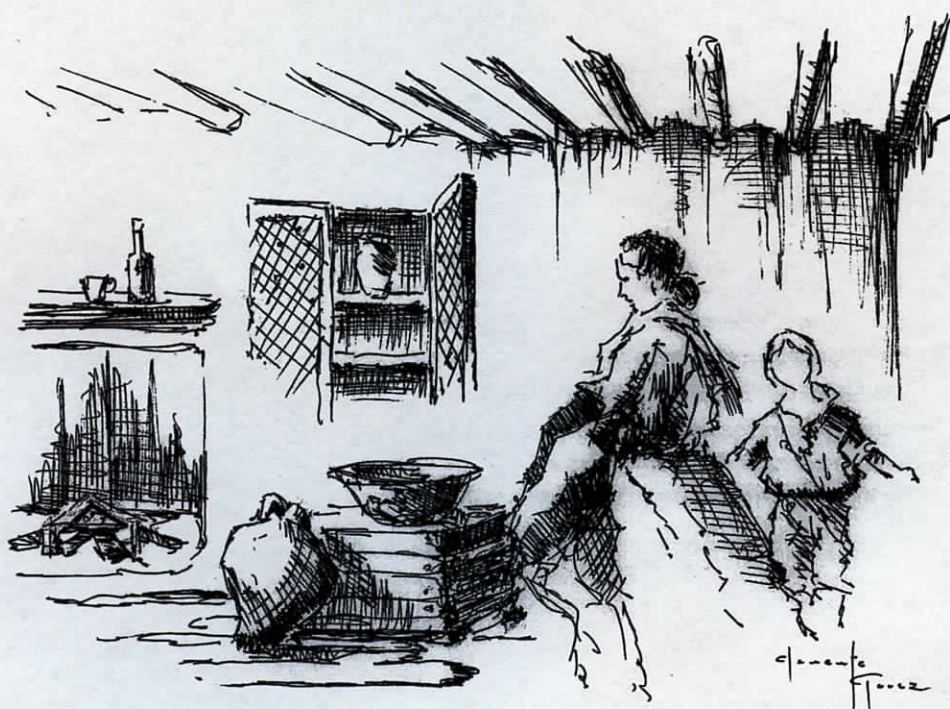
Juan entonces se sienta sobre alguna piedra al lado del camino, pero cuando ve que nos acercamos, echa a andar otra vez. Nuestro paso le desespera.

Durante la guerra la escuela del Cantal la ocupó otro maestro o maestra, alguien que debió

vivir muy pobremente, pues carecía de clavos para colgar cosas y se valía de palitos que tenía metidos en agujeros de la pared; alguien que dormía en un catre y que sólo tenía de mobiliario un pupitre de la propia escuela que le servía de mesa y un par de sillas de énea deshilachadas. Había una jofaina sobre un cajón de madera, un cántaro apoyado en un rincón, y en la alacena un tarro con sal, unas naranjas podridas, un nido de cucarachas y una bandera republicana —colorada, amarilla y morada— con la que mi madre no sabía qué hacer y que finalmente entregó al cabo.

— *La vamos a quemar, doña María* —le dijo el «comandante del puesto», como le llaman los carabineros—. *Podría comprometerla a usted y a nosotros.*

Ahora la que ondea sobre el porche de la escuela es la bandera de los nacionales, roja, amarilla y roja, que le han entregado a mi madre las autoridades de Mojácar, a cuyo término pertenece El Cantal. Ha llegado también un crucifijo, un retrato de Franco y otro de José Antonio Primo de Rivera. Hay que colgarlos detrás de la mesa del maestro; hoy traemos las alcayatas para ello. Antes de la guerra no había crucifijo ni nada. Dice mi madre que la República lo prohibió.



Estado en que se encontraba la escuela de El Cantal al acabar la Guerra Civil. (Dibujo a plumilla de Clemente Gerez)

Lo que es la escuela, que se comunica con la vivienda del maestro, se hallaba casi exacta cuando mi madre volvió a tomar posesión: la misma pizarra, el mismo mapa de España con todas las montañas y ríos, y los mismos pupitres con sus tinteros de plomo.

Una de las alacenas, donde mi madre guardaba la tiza, palilleros y cuadernos estaba completamente vacía y olía a gato. En la otra, la de los libros, había un montón de periódicos, un par de candiles y dos o tres libros escolares de los de antes. He estado ojeando uno que tiene muchas ilustraciones. Mi madre ha recogido estos libros y los tenemos en la casa de Garrucha, bien escondidos. Manuel, mi hermano mayor, dice que son buenos libros y que un día pueden adquirir gran interés.

Estuvo de visita un inspector de enseñanza primaria de Almería. Quería saber lo que mi madre estaba enseñando y le regaló un librito que debía tomar como la guía más fiel «para hacer de estos niños ciudadanos amantes del nuevo Estado». Un capítulo está dedicado a la Historia Sagrada; otro a las Obligaciones del Cristiano, y uno más largo a la Historia de la Cruzada, que cuenta cómo Franco, apoyado por todos los «buenos españoles», se alzó contra los «malos españoles» hasta lograr derrotarlos, salvando así a la Patria del «infausto abismo» en que la habían hundido. Otros capítulos del libro, los referentes a aritmética, geometría, gramática, etc., dice mi madre, son como los de antes

de la guerra. El curso que viene se espera que cada niño y niña pueda comprarse una de estas enciclopedias, pero de momento no es posible debido a la escasez de papel, se ha lamentado el inspector.

Lo primero que le dijo el inspector a mi madre es que los niños y las niñas deben estar separados. La enseñanza en el nuevo Estado se inspira en los más estrictos principios de moralidad y sanas costumbres.

— Pero esto es una escuela mixta —le recordó mi madre—.

— Claro que sí, en un núcleo de población tan pequeño como El Cantal no puede ser de otra manera, pero querer es poder...

— Usted dirá...

— Es muy sencillo, mire: en el lado izquierdo del aula se sientan los niños, y en el lado derecho las niñas.

— Pues problema resuelto...

— ¿Ve que bien?

Hemos pasado ya frente a unos largos almacenes abandonados y por bajo de un gran caballo de hierro que llega desde la sierra. De él cuelgan un par de vagonetas. Es un antiguo descargadero de mineral, del que quedan todavía muchos pedruscos por aquí. Me habría gustado ver esas vagonetas llegar por el aire. Un día se quedaron fijas y sólo se balancean con el viento que las hace chillar muy

parecido a las gaviotas. En Garrucha y pueblos de alrededor hay muchas ruinas de aquella época industrial que sólo conocieron los muy mayores. Todas las instalaciones están desmanteladas, muertas.

En aquel tiempo estuvo habitado el palacio de La Marina, al que ahora nos aproximamos. Es un edificio raro, como los de los cuentos de las *Mil y una noches*. Tiene una gran escalera central y una torreta a cada lado, que son como dos caperuzas con alas. Está separado del camino unos doscientos metros, llegándose a él por una avenida de palmeras, pero no podemos entrar por que nos lo impide una verja, siempre cerrada. Está vallada toda la finca, poblada de naranjos en el llano y de olivos y almendros conforme se sube, llegando hasta el cerro del *Moro Manco*, como le llaman por aquí. El dueño es un tal «marqués de Chávarri», que todo el mundo pronuncia con mucho respeto.

Estamos atravesando ahora un cauce muy pedregoso que es el del río de Mojácar o río de Aguas. Hoy sólo lleva una cinta de agua que se pierde entre una masa de juncos y otras plantas que se extiende hasta la playa, por aquí más apartada. Juan dice que es que el río, cuando sale, deposita tierra en la desembocadura, empujando el mar hacia dentro.

Ya nos acercamos a otro edificio raro del camino, está sobre un recodo, un poco en alto, y es como la torre de un castillo, pero moderno. Le llaman «Las Ruminas» y pertenece a unos señores de Sorbas que pasan aquí el verano, estando en invierno al cuidado de un matrimonio que ocupa el cortijo de al lado. En la finca hay higueras, chumberas y algunos bancales donde se cultivan tomates, habas y maíz, según la época del año. El cortijero, Ramón, que lleva gorra y faja negra, sea verano sea invierno, baja siempre al camino con algún regalo de su huerto. Hoy nos toca una bolsa de présules y un puñado de almendras. Su mujer, cubierta la cabeza con un pañuelo negro, vestida con amplia enagua y delantal, grita saludos a mi madre desde la puerta.

— *Vayan ustedes con mucho cuidado por ahí delante.*

— *¿Pasa algo?*

Ramón afirma con la cabeza y dice que puede haber ocurrido algo muy grave en las últimas horas. Esta mañana a poco de salir el sol pasó por Las Ruminas Lorenzo *el Mochuelo*, conocido trajinero del camino, y éste le ha contado que ha visto una partida armada que bajaba por la rambla de

Mojácar, y que al frente iba el Quevedo, un maestro del pueblo.

— *La guardia civil —añade— lleva varios días rastreando estos campos. Anteayer me registraron el cortijo rincón por rincón; me dejaron todo patas arriba. Me preguntaron veinte veces si tenía a alguien escondido y que si lo encontraban lo iba a pagar con varios años de prisión. Estamos que no nos llega la camisa al cuerpo.*

Ya nos alejamos de Las Ruminas; el camino se va acercando otra vez a la playa. Un pailebote con tres velas hinchadas navega hacia Garrucha, empujado, no muy fuerte, por el vientecillo de Poniente. Yo lo he visto varias veces pegado al puntalón de Garrucha. Se llama *Ciudad de Málaga* y viene a cargar esparto.

Se oye el ruido de un coche a nuestras espaldas. Está lejos todavía, no se le ve; ahora se le oye más fuerte mientras sube la cuesta del río; aparece, da un tremendo ronquido y avanza aventando todo el polvo del camino. Este coche, el único que pasa por aquí, lleva el correo de Garrucha a Carboneras y por la tarde vuelve. De vez en cuando pasa con algún viajero. El chófer es Perico *el del correo*. Ya se nos viene encima con su rugido infernal y su baño de polvo que no hay manera de evitar. Es un coche alto, con la capota de acordeón que viene plegada. Un ancho estribo lo recorre a cada lado y está montado sobre una grandes ruedas de radio. A un lado del conductor sobresale una bocina. Se ha parado unos metros más adelante.

— *¿Quieren subir?* —nos invita Perico, un hombre cabezudo, medio calvo y con recio bigote bajo el que brilla un diente de oro—.

— *No, muchas gracias* —responde mi madre—.

Juan y yo estamos mirando los asientos vacíos de detrás y el del lado del chófer. Están forrados de cuero y me consta que son mullidos. ¡Qué a gusto iríamos ahí, y qué pronto llegaríamos!

— *Les queda todavía una buena caminata.*

— *Tenemos buenas piernas.*

— *Como usted quiera, doña María* —y el coche arranca con un horroroso gemido, hollinándonos sin compasión—.

Mi madre ha jurado no montarse en el coche de Perico *el del correo*. Lo tuvimos en una ocasión apalabrado para tal día y tal hora, pero nos dejó

plantados. Se llevó a otros pasajeros que le pagaban más. Mi madre le recriminó la informalidad y el afán de ganar dinero.

– *Usted debe comprender, doña María, que yo tengo una familia que mantener y que allí donde haya una peseta tengo que ir a por ella. Están muy mal los tiempos.*

– *Y usted debe comprender que yo soy una maestra de escuela con un sueldo miserable que no da más que para lo que da.*

– *Si yo me hago cargo, y también que son ustedes familia numerosa, y por eso les hago un precio especial, pero ha de ser a condición de que no me salga un porte mejor.*

– *Eso no me parece serio.*

– *No quiere usted comprender.*

Desde entonces no hemos viajado con Perico, al que siempre encontramos en el camino. Si viene con pasajeros o con paquetes pasa de largo, aunque saluda siempre con la bocina. Si tiene algún asiento vacío para siempre. El quiere congraciarse, pero mi madre no está dispuesta.

Nos acercamos a la venta del Chusco, donde paran arrieros.

– *¿Es aquí donde vive una señora que hace favores?* – le pregunto a mi madre–.

– *¿Dónde has oído tu eso?*

– *¡Se pasa la vida escuchando este niño imbécil!* – protesta Juan–.

Mi madre calla, pero mi curiosidad no se apaga.

– *¿Qué favores hace?*

Juan me está mirando con mofa, cosa que me indigna, haciéndome insistir.

– *¿Es como las obras de caridad?*

Mi madre ríe de buena gana.

– *¡Pues claro!*

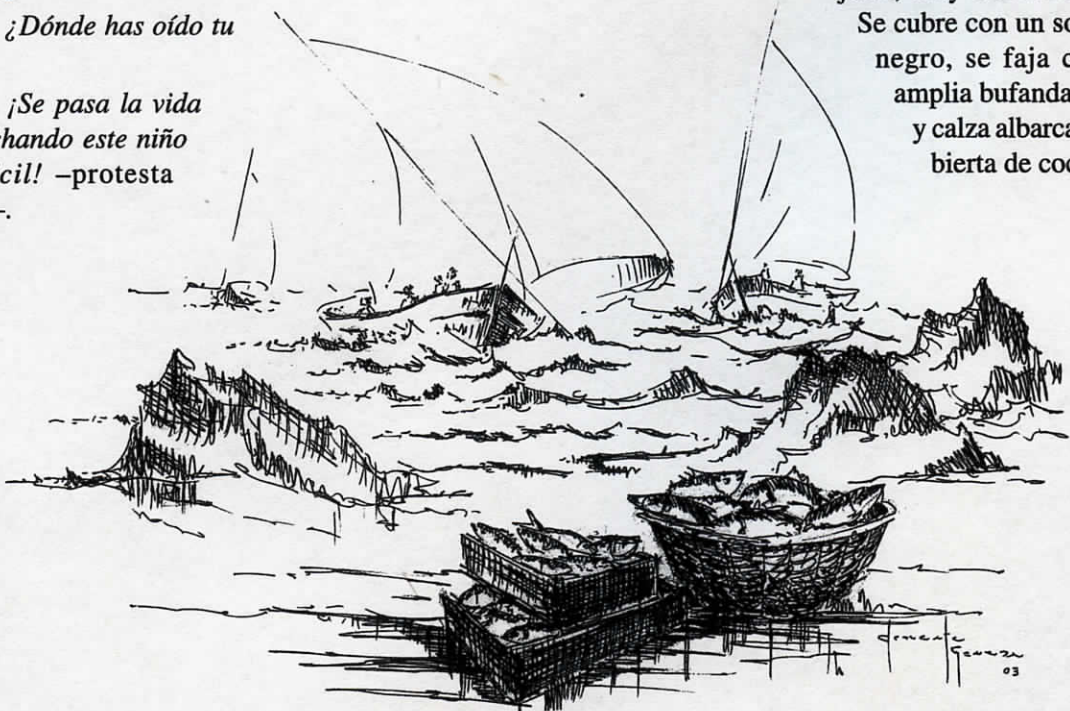
– *Las que nos han enseñado en la catequesis: dar posada al peregrino, dar de beber al sediento, dar de comer al hambriento...*

– *Eso, eso.*

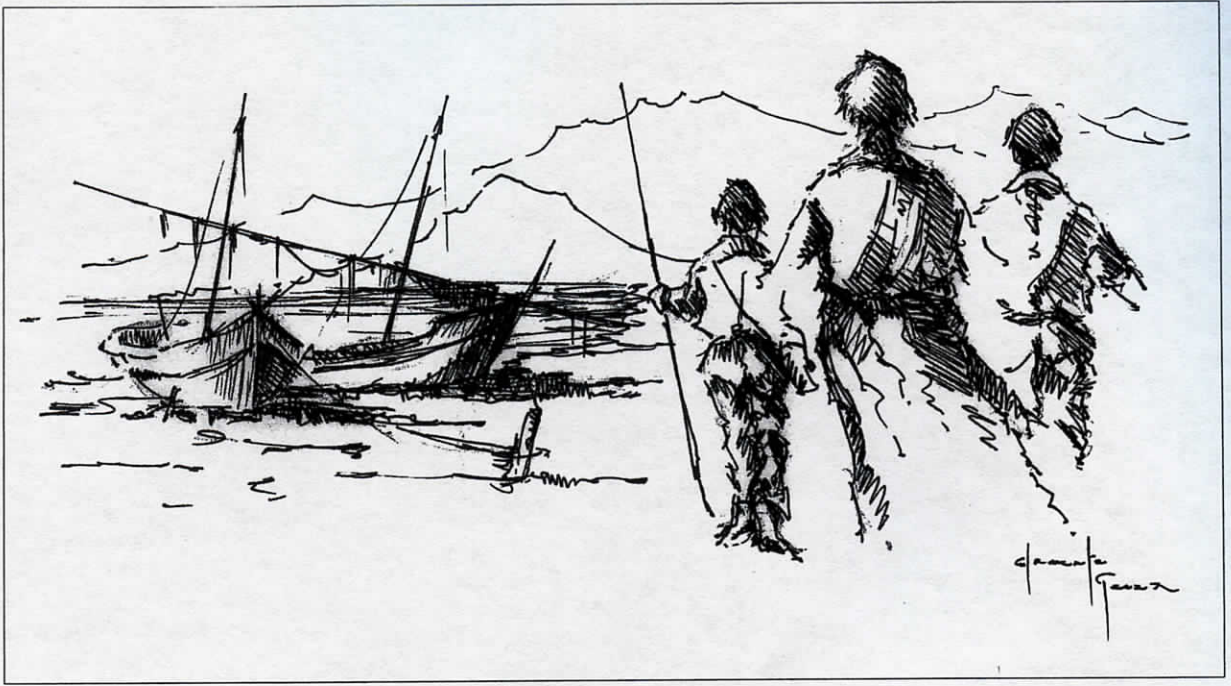
¡En la fachada de la venta hay un burro atado a una argolla. Un gran perro que dormía bajo el emparrado se despereza, nos mira y da unos ladridos. La cortina que cubre el vano de la puerta, una cortina de bandas grises y blancas, como hay muchas por aquí, se mueve suavemente con el viento, pero nadie aparece.

Un poco más adelante nos cruzamos con un campesino montado en una burra, seguida de otra atada por el ronzal, con una carga de algarrobas. A mí me encantan las algarrobas; empecé a comerlas durante la guerra cuando llegó la escasez. Este hombre se llama Frasquito y viene de un cortijo situado en la rambla de Mojácar, muy cerca del cruce.

Se cubre con un sombrero negro, se faja con una amplia bufanda de lana y calza albarcas de cubierta de coche, que



Barcos llegando a la playa de Garrucha con pescado. (Dibujo a plumilla de Clemente Gerez)



Los Siles, con su madre, saliendo hacia La Marina. (Dibujo a plumilla de Clemente Gerez)

ahora se usan en todo este contorno. Mi madre le llama «el del cigarro», porque siempre lleva uno entre los labios. A mí me aburre Frasquito porque habla muy despacio y con rodeos. A Juan le pasa lo mismo y por eso se ha sentado sobre una piedra a leer. Siempre trae una o dos novelas de *Biblioteca Oro* para este viaje. Yo me he metido en una casucha medio derruida que parece que se usaba para criar animales; veo restos de un fuego, muchas briznas de paja, huesos de albaricoque, pepitas de algarroba y algunas plumas que deben ser de gallina. Es un sitio que me atrae, pero que mi madre, que le llama «la caseta de los vagabundos», no quiere que me meta en él. Cada vez que he entrado en este refugio me he llevado un chasco: no he encontrado ningún objeto raro o misterioso. Hoy tampoco, pero al salir, he tenido por fin mi recompensa; debajo de un salao brillaba algo. Era una bala de fusil con su balín de plomo intacta. La he sacudido, sonaba la pólvora dentro. Con el corazón palpitando de emoción la he examinado, la he acariciado y me la he guardado en el bolsillo. No le voy a decir nada a mi madre ni a Juan, por supuesto. Es un secreto que guardo para compartirlo con Santiago, el hijo de Gabriel Soler, uno de los carabineros del Cantal. Cuando vuelvo al camino, *el del cigarro* se está despidiendo mientras mi madre se lamenta:

– ¡Pobre madre y pobres hermanas, qué mal lo estarán pasando!

– ¡Y que a ése lo ajustician sin remedio, eh! Lo que me extraña es que lo hayan cogido vivo... ¡Burrá!

La montura de Frasquito, que se hacía la remolona, echa a andar por fin.

Han pillado a Juan López, nos cuenta mi madre. Estaba escondido en su propia venta, que era el último sitio que se sospechaba. A punta de pistola lo ha hecho salir el Quevedo, hijo de una maestra de Mojácar.

Ya se ve el cruce de Mojácar y, pegado a la playa, el chalet del *Duende*, de don Ginés Carrillo, médico del pueblo. Situada sobre un espolón de la sierra de Cabrera, Mojácar avista muchos kilómetros a la redonda. Es un mirador sobre la tierra y una apartada atalaya frente al mar, de la que se ven sus cambiantes colores, aunque no su ruido ni su movimiento. Queda a unos dos kilómetros del cruce.

La carretera que une a Mojácar con la costa bordea una rambla pizarrosa, en cuyas orillas crecen naranjos, limoneros y granados. Es una vega escalonada, bien regada. En Garrucha se venden verduras y frutas de aquí; las mojaqueras las llevan en burras y mulas por un atajo que hay entre los dos pueblos, sin pasar por la costa. A las mojaqueras se les nota porque llevan la cara tapada hasta los ojos como las moras. Se cubren la cabeza con un pañuelo y visten amplias enaguas, que pueden ser



El santón del Agua Enmedio.
(Dibujo a plumilla de Clemente Gerez)

de color o de negro, sobre todo las viejas. Algunas de estas mujeres vienen de cortijadas más próximas a la costa; son las que se cruzan con nosotros; como éstas que, montadas en sendas burras están ahora hablando con mi madre. Son Rosa y Catalina. Rosa va a la escuela del Cantal, y Catalina, su madre, es viuda; su marido murió en el frente a poco de empezar la guerra. Mi madre se está quejando de que Rosa falta mucho a la escuela y Catalina le explica que como ya es una mujer tiene que ayudarle cada vez más en las tareas de la casa y del campo, aparte de atender a Sebastián el hermano paralítico.

— *¡Ya voy a cumplir catorce años, doña María!*
— exclama Rosa con orgullo al tiempo que lanza una rápida mirada a Juan—.

A Rosa le brilla la cara, el pelo, los ojos (grandes y pardos), los labios, los dientes; todo le brilla. Mi

madre dice que es una belleza, lástima que sea tan pequeña, como Catalina. Otra hija de ésta, Encarna, sí que es guapa y alta, pero yo apenas la recuerdo. Al estallar la guerra se hizo miliciana y mi madre la vio con mono azul y pañuelo rojo al cuello y participando en mítines y manifestaciones. A Encarna y a otras milicianas de la comarca las pelaron y las hicieron desfilar para que todo el pueblo las viera. A las pocas semanas desapareció Encarna, y por Rosa supimos que había ido a parar a Barcelona.

No tardamos en llegar al cortijo de Jacinto que dice mi madre, pero que es en realidad de su hermano José. El padre es Juan Alarcón, el molinero y tendero de Mojácar. Aquí tienen también tienda, donde antes vendían aceite, vino, azúcar, sal, conservas, bacalao, embutidos y sardinas en arenque. Ahora las estanterías están vacías, aunque sigue oliendo a aceite y bacalao y continúan los mismos rótulos de siempre: *Jabón Lagarto, Anís del Mono, Nitrato de Chile*. No se venden en esta tienda ni los comestibles del racionamiento, hay que subir al pueblo. Sale de la casa un perro que se pone a ladrarnos, y en seguida surge una anciana de pelo blanco recogido en moño, con una toquilla sobre los hombros y delantal gris. Con la mano haciendo de visera nos ve acercarnos sin decir palabra y por fin grita:

- *¡Doña María, pase usted un poquico!*
- *No, que hoy vamos tarde.*
- *Descansen ustedes un ratico.*
- *No, gracias, ¡adiós!*
- *¡Vayan ustedes con Dios!*

A mí me ha tocado llevar el cesto con los présules y las almendras que nos ha regalado Ramón el de las Ruminas. Empieza a pesarme y de vez en cuando me lo cambio de mano, en la que el esparto del asa deja marca. Va haciendo calor. La tierra del camino runrunea hundida por nuestros pasos.

— *¡Ahí viene el santón!* — anuncia Juan—.

El santón es un hombre de barba blanca hasta el pecho y siempre vestido de negro. Es conocido también como «*El señor del Agua del Medio*», una cortijada más allá del Cantal, al pie de Sierra Cabrera. Viaja a lomos de una estupenda mula, toda lustrosa y bien enjaezada, con cascabeles muy alegres. Sus ocupaciones son la oración y el cuidado de su pequeño huerto. Dicen que sólo se alimenta

de fruta y de leche de cabra y que tiene cien años, aunque no representa más de sesenta. Cuentan que en su juventud navegó por todos los mares del mundo y que residió en la China y en la India, de cuyas religiones adquirió el hábito de la oración y la meditación. Pasa con cierta frecuencia por el camino, la gente sale a verlo, los niños sobre todo; su figura es imponente. Habla despacio, pronunciando a veces frases muy redondas que producen sensación, aunque mi madre piensa que se pasa de listo. Son sentencias que algunos campesinos repiten con mucho respeto, como «lloverá cuando tenga que llover», «esta guerra mundial la perderán los dos bandos», «da si quieres que te den», «sólo en la soledad se escucha la voz de la verdad»...

El santón es un hombre muy ceremonioso, lo que tampoco cae bien a mi madre.

– *Buenos días tenga usted señora profesora del Cantal, y buenos días tengan también sus jóvenes acompañantes.*

Instintivamente yo he agarrado mi bala; él está mirando al bulto que hace el puño dentro del bolsillo y sonrío. El santón tiene unos ojos como de miel líquida a la que siento que se pegan todos mis pensamientos como si fueran moscas. El primer día que me vio el santón dijo:

– *Este niño es místico.*

Es una palabra que no me gustó, me sonaba a enfermedad. Tampoco cayó muy bien a mi madre.

– *¿Qué entiende usted por «místico»?*

– *El místico puede ser un pintor, un poeta, un pensador, un guerrero, un sacerdote...*

– *Estoy segura que en el diccionario no dice eso.*

– *El diccionario dice lo que dice, y un servidor de usted ve lo que ve...*

Durante una temporada mis hermanos, y hasta sus amigos, se burlaban de mí llamándome «místico». «Hola, místico». «Mira el místico». «A ver, místico, ven aquí». Yo contestaba soltando una patada o lanzando un gargajo, lo que no hacía sino echar leña al fuego.

– *Sabrás usted que ya han apresado a Juan López –le dice mi madre al santón, que es de los que piensan que nunca lo encontrarán–. Estaba escondido en su propia venta.*

– *Nunca lo cogerán.*

– *¡Pero si me lo acaban de decir! Ha sido esta mañana temprano.*

– *Nunca lo cogerán* –repite mientras me mira sonriente, los ojos como un jarabe correoso–. *Y tú, niño, guarda bien tu secreto* –¿Qué secreto? Pues la bala que me he encontrado, qué va a ser–.

Ya se ve la venta de Juan López, que son varias puertas en hilera, una de ellas con porche. A la orilla del mar destaca la peña *Biazar* sobre la que vemos a Gabriel Soler, hijo de un carabinero del mismo nombre, sosteniendo su caña de pescar. Juan se acerca a hablar con él. Son de la misma edad. Pescan juntos algunas veces. Esta peña, justo a la orilla del mar, permite lanzar el anzuelo desde arriba, y hasta ver acudir los peces en los días de agua tranquila.

Todas las puertas y ventanas están cerradas, no sale humo de la chimenea, unos gorriones picotean bajo el olivo, un gato nos mira desde un poyo de la fachada y unas prendas colgadas de una cuerda se mueven suavemente.

– *Ahí no hay nadie. ¿Habrán detenido a las mujeres también? ¡Isabelica!* –grita mi madre– *¡Isabelica!* –repite, contestándole el quiquiriquí de un gallo–.

Isabelica es una niña, alumna de la escuela del Cantal. Vive aquí con su madre y una hermana mayor. La familia de Juan López dejó este lugar cuando a él lo nombraron alcalde de Mojácar.

– *¡Juan, vámonos, hijo!*

Juan cruza la playa hacia nosotros, encargándole mi madre que se adelante y abra la escuela y les ponga tarea a los niños, que estarán en la calle esperando. Normalmente, hasta que llega mi madre, esto lo hace Eladia, la Lopera más joven, pero hoy es un día de tanto disgusto para la familia, que tendrá otras cosas más importantes que atender.

Juan apresura el paso, y es posible que alcance a dos pequeñas figuras que se alzan sobre el camino muy por delante de nosotros. Son dos carabineros; pueden distinguirse sus fusiles que llevan en bandolera. Es raro el viaje que no nos los encontramos, pues tienen por obligación vigilar la costa. Lo hacen en parejas y hasta un cierto punto, donde se encuentran con otra pareja. Tienen turnos, y yo veo que los que salen de noche llevan una manta

sobre el hombro. Pasan penurias los carabineros, que visten uniformes muy gastados por el uso. La familia que lo pasa peor es la de Gabriel Soler, que tiene nueve hijos. Varios van a la escuela de mi madre, y el que es de mi edad se llama Santiago. Gabriel Soler habla mucho con mi madre. Tiene pedido destino en un pueblo grande donde sus hijos mayores puedan empezar a abrirse camino de alguna manera. El capitán don Rodrigo Guido lo tenía en cabeza de lista para traslado, pero don Rodrigo está en prisión militar. Gabriel Soler ve que todo lo referente a los carabineros está muy parado: es un cuerpo que el nuevo régimen no ve con buenos ojos, al contrario que la guardia civil, que ahora pinta mucho. Cree también que va a haber un gran cambio en las funciones del cuerpo de carabineros. Los pequeños puestos como El Cantal podrían ser suprimidos y sus efectivos agregados a los destacamentos de pueblos como Garrucha o Carboneras o Aguilas, o bien integrados en la guardia civil; eso le hace menos gracia. El que parece más desahogado es el cabo —Ojeda se llama— que debe ganar algo más y que no tiene hijos, aunque con el matrimonio vive un hermano de la

mujer, Pepe, que es un hombre, pero es tonto. Pepe se desayuna con un tazón de leche de cabra con sopas de pan. Es muy goloso y su hermana nos cuenta que siempre se está quejando de que no le ponen bastante azúcar: «A él (el cuñado) mucha azúcar, y a mí siempre menea, menea», protesta. Tienen muchas horas libres los carabineros: yo los veo que por la mañana o al atardecer agarran su caña y se van a pescar, siempre sobre las mismas rocas y calas, que debe ser que conocen bien. Pasan horas de tertulia al aire libre, al resguardo de la pared de Poniente. Eso en invierno, porque en verano la tertulia se hace de noche tomando la brisa del mar. Otro entretenimiento es ir a coger caracoles, que sólo salen —en abundancia— cuando llueve; pero se pasan meses sin llover. En las noches de invierno hay reunión; en casa de las Loperas, o en casa del carabinero Imbernón; yo acompaño siempre a mi madre y así me entero de todo lo que dicen los mayores. Juan se queda en casa leyendo a la luz de un quinqué —aquí no hay luz eléctrica como en Garrucha—. Siempre se trae por lo menos dos novelas de *Biblioteca Oro*, que son policiacas o del Oeste. Todos los días se lee además el

periódico de cabo a rabo. Se llama *El Yugo*, y debajo pone: *Diario de Falange Española*



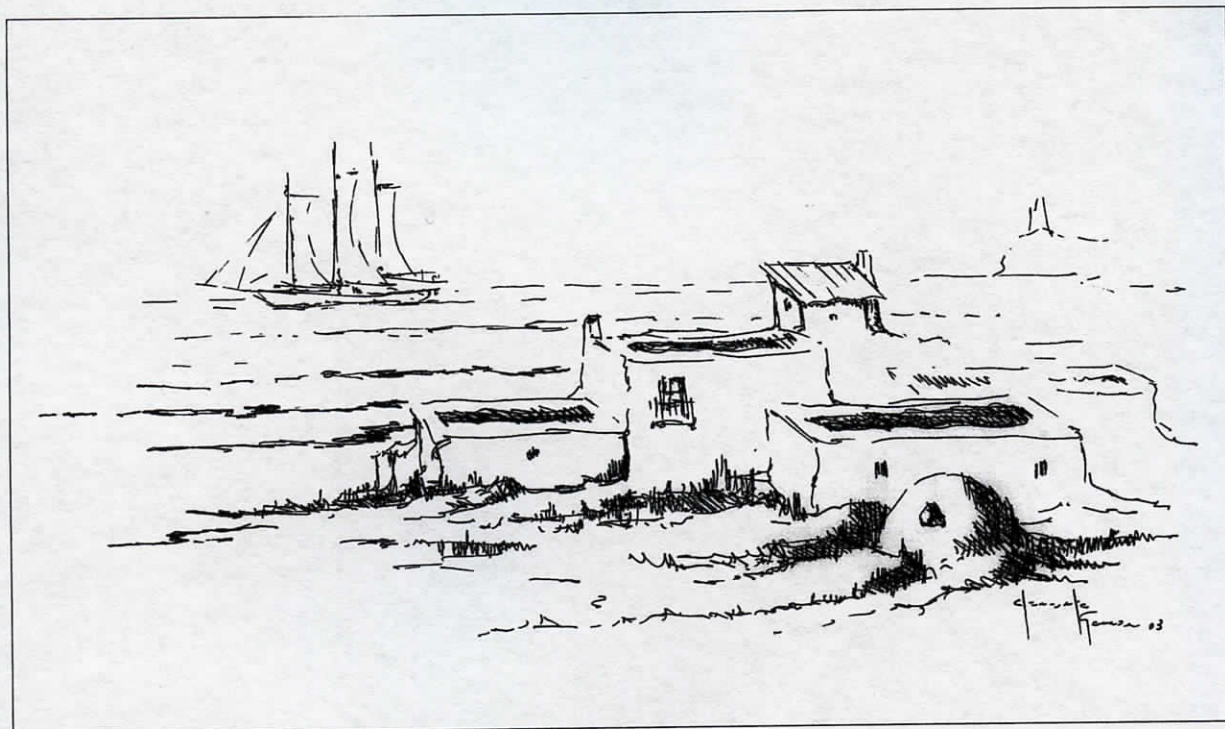
El cortijo del Tío Gandul en las proximidades de El Cantal, Mojácar. (Dibujo a plumilla de Clemente Gerez)



La Venta del Chusco en la playa de Mojácar. (Dibujo a plumilla de Clemente Gerez)

Tradicionalista y de las J.O.N.S. Es el cabo quien lo recibe —con uno o dos días de retraso— y lo pasa a los demás. Juan está muy enterado de la marcha de la guerra mundial, un asunto del que habla mucho con el cabo y los demás carabineros. El cabo asegura que los alemanes van ganando la guerra y que pronto, en cuanto invadan Inglaterra, darán el golpe decisivo: «*Inglaterra es fuerte en el mar, pero débil en el aire*». El potencial en aviones de guerra de los alemanes es muy superior. La técnica y la industria aeronáutica de los alemanes es colosal. Se vienen preparando desde hace varios años, mientras los británicos han estado sesteando, encontrándose ahora con unas fuerzas aéreas anticuadas e insuficientes. Juan le rebate. Es verdad que los alemanes llevan la iniciativa y que poseen una formidable maquinaria de guerra, pero Inglaterra no es sólo la isla. Tiene un imperio extendido por todo el mundo; conseguirá el apoyo de los Estados Unidos de América, como lo consiguió en la Primera Guerra Mundial, y contra el poder económico y técnico de los americanos no hay quien pueda. Estos pareceres los escuchan los carabineros con mucho interés, pero no opinan. Luego, cuando el cabo no está delante, se nota que simpatizan con los aliados, aunque no se manifiestan con tanto optimismo como Juan. Los avances relámpago de los alemanes, merendándose a varios países, les hacen temer que ganen la guerra.

Mi madre se siente ya cansada y se sienta, como siempre, sobre un troncón de palmera que hay en la cuneta. Por aquí crecen unas matas rastreras que dan unas bolas que llaman *tueras*; son como granadas pero por dentro están casi vacías; arranco y lanzo algunas y cruzo hacia la playa. Recojo piedras planas y las tiro rasando el agua: cuatro, cinco, seis rebotes, no es fácil lograr más. «*¡Pepico!*», llama mi madre, y ya estamos de nuevo en marcha. Y de nuevo el hormigueo de nuestros pasos y el suspiro del mar; hasta que empezamos a ver el cortijo del Tío Gandul. Es una casa que domina el camino sobre un cabezo, y es de color rojo, como la argamasa de tierra y piedra de que está hecha. Nadie sabe por qué al tío Gandul le llaman así, ya que es muy trabajador. También se dice que no es tan pobre como aparenta, y que es muy listo. Ahora tiene plantado tabaco, que como está racionado puede ser un buen negocio. Juan ha sembrado también varias matas de tabaco en el patio de la casa-escuela. Pasado el cortijo del tío Gandul cruzamos una rambla estrecha bordeada de baladres y pitas. En un recodo de esa rambla está el cortijo de Casanova, que no se ve desde el camino. Fuimos varios niños allí cuando estaban trillando; nos montamos en los trillos tirados por los mulos y patinábamos sobre la parva. Luego la aventaron con unos largos tenedores de mango largo, de modo que la paja volaba y el grano caía. Era como una lluvia de oro, pues le estaba dando el sol poniente.



Escuela y casas de El Cantal, estas últimas ocupadas por la Guardia Civil. (Dibujo a plumilla de Clemente Gerez)

Ya hemos cruzado la ramblilla; empieza una doble fila de palmeras, y un poco más allá, a la izquierda, se ven las casas del Cantal. La primera es la escuela que se distingue por un gran porche y, en línea con ella media docena de puertas que son las viviendas de los carabineros, chatas y blancas. Enfrente, en el lado de la playa, una sola casa mayor que las demás, que es donde vive el comandante del puesto, el cabo Ojeda —por cierto que todavía no me han explicado bien por qué le dicen «comandante del puesto» no siendo más que cabo; no termino de entenderlo—. En esta parte se ven además varias casetillas, donde cada familia carabinera encierra sus animales domésticos. A la derecha del camino, en alto, hay algunas casas más. Dos las ocupan familias de carabineros, y otra, la mayor, con la fachada principal mirando al mar, es el cortijo de las Loperas, la madre y las dos hermanas del famoso Juan López, dueñas de estos campos. La madre, comadrona, está medio ciega, y son las dos hijas, Adela y Eladia, las que administran las fincas, algunas de ellas abandonadas por haber emigrado al terminar la guerra las familias que las cultivaban. El cortijo de las Loperas está al borde de una rambla ancha, que viene de Sierra Cabrera, espalda de esta costa de playas solitarias, una de ellas guardada por la torre de Macenas, otro puesto de carabineros. En las faldas de la sierra destacan las manchas blancas de cortijos diseminados, y de

algunos de ellos, los más próximos, son los niños y niñas que vienen a la escuela. Debajo del cortijo de las Loperas, a la orilla de la rambla, hay una vieja noria de donde se surte de agua la gente del Cantal. La noria ya no funciona, por lo que hay que sacar el agua a base de cubo y cuerda. Juan se encarga siempre de esta labor para nosotros.

Nos hemos llevado una sorpresa al llegar a la escuela: Juan leía su novela sentado en el poyo del porche, y dentro los niños cantaban dirigidos por Eladia.

— ¡Hija mía! —ha exclamado mi madre— ¡No esperaba verte aquí! ¿No estáis enteradas de lo que ha pasado en la venta de tu hermano?

Sí que lo estaban, y mucho mejor que nosotros. El detenido no era Juan López, sino un tal Melchor, un miliciano novio de la hija de la ventera. No sería la última vez que se creía tener a Juan López al alcance de la mano, hasta que en 1945 apareció en Guatemala, cumpliéndose así el vaticinio del susodicho romance de posguerra: *Alguien bien lo esconde / y no lo pillarán.*

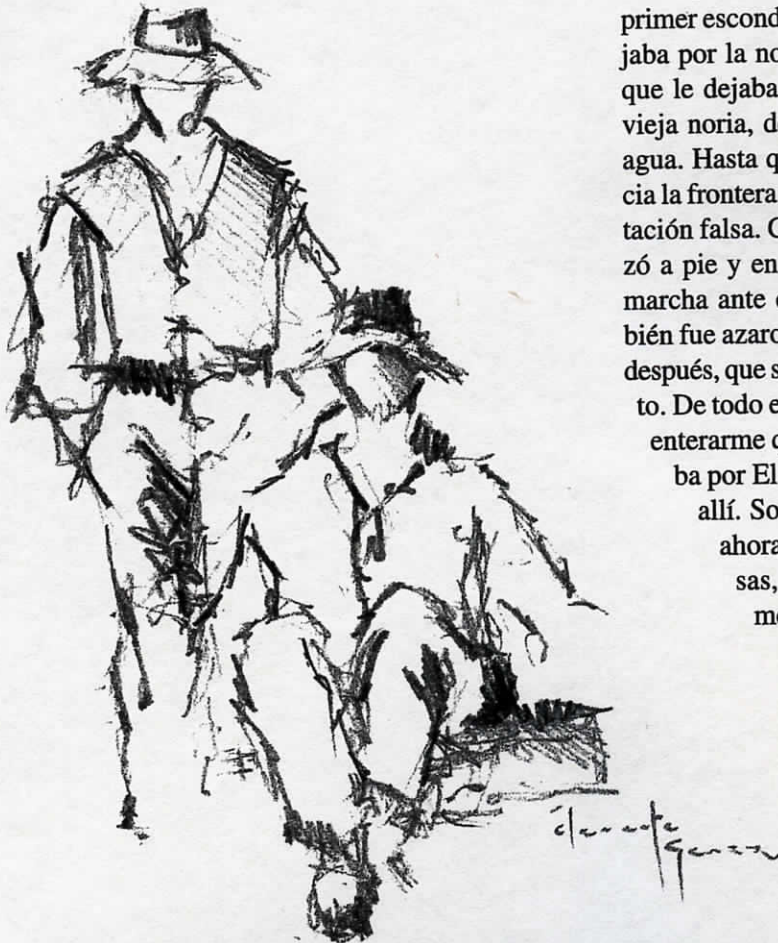
Pero ¿qué sería de aquel miliciano? La pregunta la he llevado en la cabeza más de seis décadas, hasta una tarde de octubre de este año 2002, después de haber recorrido —una vez más— el camino del Cantal en compañía del historiador y editor Juan Gri-

ma, quien me prestó inestimable ayuda para verificar nombres, sitios y vestigios. Cuando ya las sombras cubrían la planicie del río de Aguas y las brasas del crepúsculo palidecían, llegamos a la plaza de Mojácar, donde sentados en un banco, los veteranos del pueblo hacen diaria tertulia. Amablemente me aclararon algunos extremos, no olvidándome yo de preguntar:

— *¿Y qué fue de aquel Melchor que cogieron en la venta de Juan López?*

— *¿Melchor el de la Rambla del Campo? Lo fusilaron.*

En efecto, en la lista titulada, «Relación de víctimas producidas por la represión franquista», que se encuentra el libro, *República y Guerra Civil en Almería* (1986), de Rafael Quirosa, aparece consignado un Melchor Belmonte Molina, de 27 años de edad, de profesión jornalero y vecino de Mojácar, que fue ejecutado el 3 de marzo de 1941.



Hombres comentando sucesos. (Dibujo a lápiz de Clemente Gerez)

Al día siguiente, acompañado de Juan Grima y de Federico Moldenhauer, director de *Axarquía*, puntera revista del Levante almeriense, tuve una entrevista improvisada con Luisa y Catalina, hijas de Juan López, en una calle de Turre. Supe entonces que Melchor fue descubierto por una ingenuidad de la madre de su novia. Había subido la señora al pueblo, y cuando se encontraba llenando unos cántaros en la fuente, alguien taimadamente le aseguró:

— *Ya han cogido al Melchor.*

— *¿Dónde?*

— *En tu casa.*

— *¿Cuándo?* —se le escapó. Y esto la delató—.

A Melchor *el de la Rambla del Campo* lo tenían escondido en el fondo de un antiguo horno de hacer pan.

En el encuentro mencionado, que duró hora y media, Luisa López nos despejó incógnitas relacionadas con el misterioso paradero de su padre. Juan López logró mantenerse escondido en distintos puntos de la comarca durante seis años. Su primer escondite fue El Sopalmo, desde donde bajaba por la noche al Cantal, a recoger la comida que le dejaba la familia. Se la ponían junto a la vieja noria, de la que nosotros nos surtíamos de agua. Hasta que en 1945 emprendió la huida hacia la frontera franco-española llevando documentación falsa. Contó con apoyos, y el viaje lo realizó a pie y en tren, de donde tuvo que tirarse en marcha ante el peligro de ser descubierto. También fue azarosa la huida de la familia cuatro años después, que sus hijas relatan con tembloroso acento. De todo este relato me causó fuerte sensación enterarme que la sombra de Juan López rondaba por El Cantal cuando yo, niño, andaba por allí. Sombras también eran —así las veo yo ahora— las tres Loperas, enlutadas, sigilosas, taciturnas, quienes tan herméticamente mantuvieron el secreto. ¿Pero nadie de aquella minúscula comunidad sabía nada? ¿Nadie sospechó nada? Yo me inclino a pensar que sí, pero difícilmente podrá ya saberse. En la urdimbre de la pequeña y la gran historia abundan estas preguntas sin respuesta que, si andando el tiempo se convierten en vanas especulaciones, nunca pierden el resplandor de su intriga.